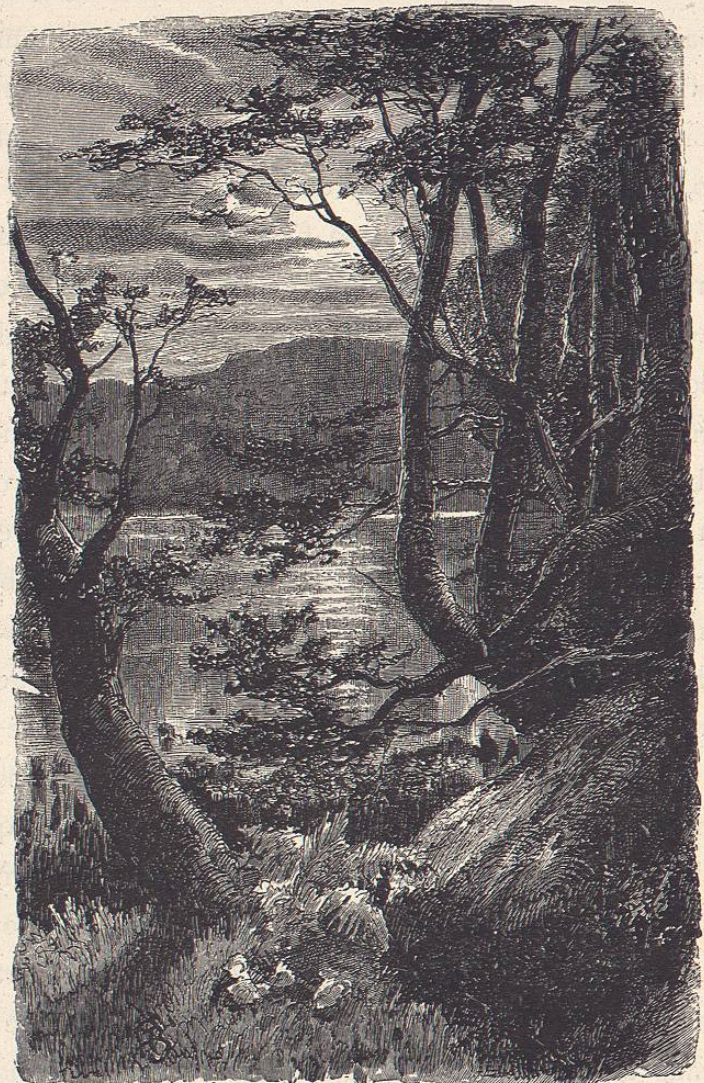


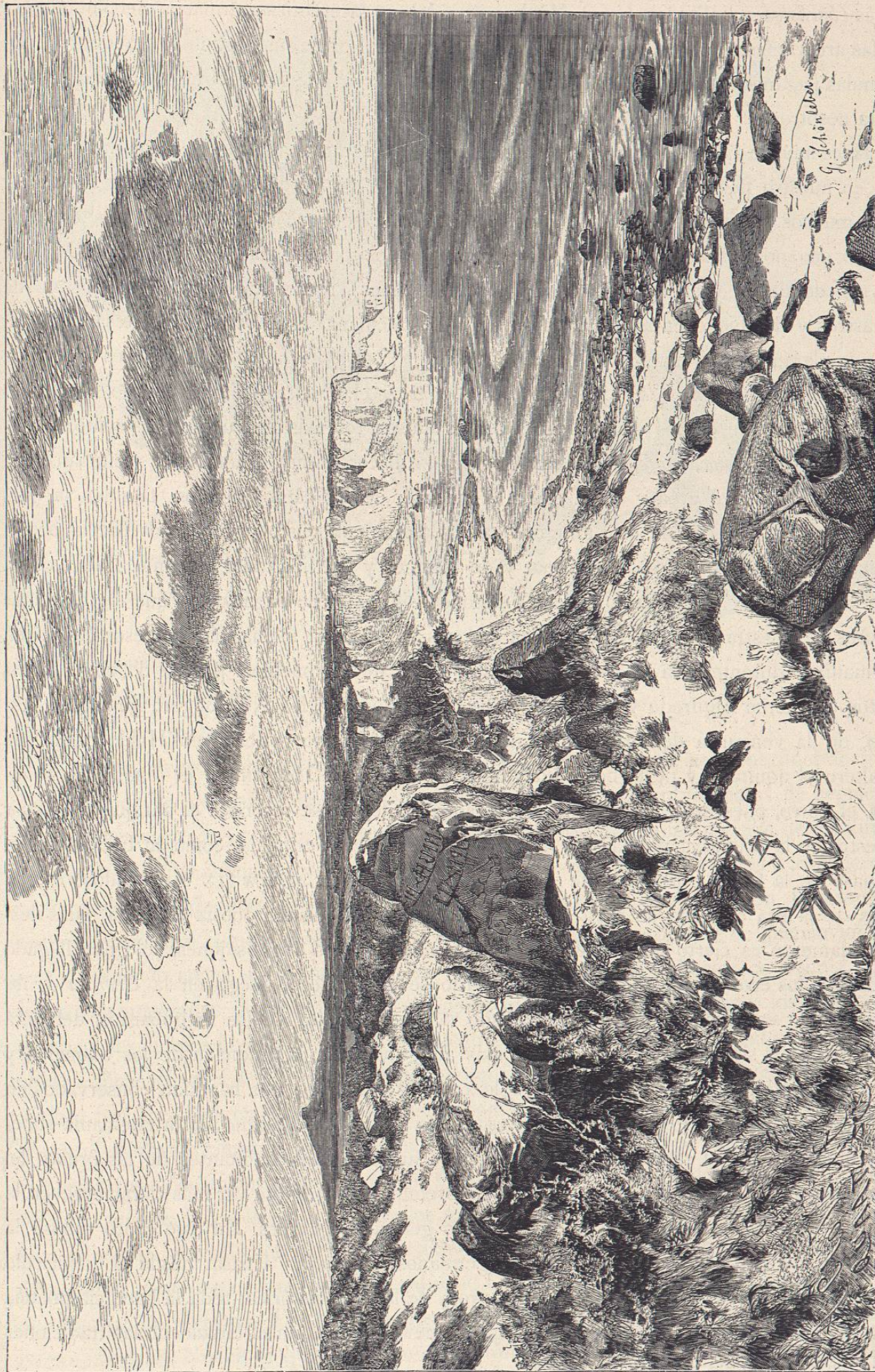
divinos, desfilaban las procesiones de la fiesta, en las que se veía toda clase de mascaradas: en la fiesta de la primavera, por ejemplo, representábase dramáticamente la muerte del invierno, al que ponían en un ataúd, dándole despues sepultura solemnemente, como áun se practica hoy día por carnaval en los pueblos de la Alemania meridional. Una copiosa comida daba fin á las fiestas divinas, y en estos festines se observaba la graciosa costumbre del



LAGO DE BERTA

minnetrinken (beber amor): brindábase respetuosamente por los dioses, ó, segun la expresion antigua alemana, se *bebía amor*; y de tal modo se arraigó en nuestros antecesores la costumbre, que áun despues de convertidos al cristianismo, brindaban al amor por el «Señor Jesucristo» ó la «Virgen María,» como ántes lo habian hecho por Donar ó Freia.

Los sacerdotes y sacerdotisas estaban encargados de consultar el oráculo para quienes lo pidiesen, augurando del vuelo ó del grito de ciertas aves, ó bien del relincho de los corceles blancos conservados para el efecto en los sotos que rodeaban los templos. Habia otro medio para consultar el destino, y era el siguiente: en las ramas rotas de una haya hacíanse diversas señales por medio de un instrumento agudo; estas ramas se arrojaban en tierra á la casualidad, recogíanse despues y se colocaban en cierto órden, hecho lo cual el augur descifraba lo que decían las *runas* encisas. De esta costumbre religiosa trae su origen nuestra designacion de las

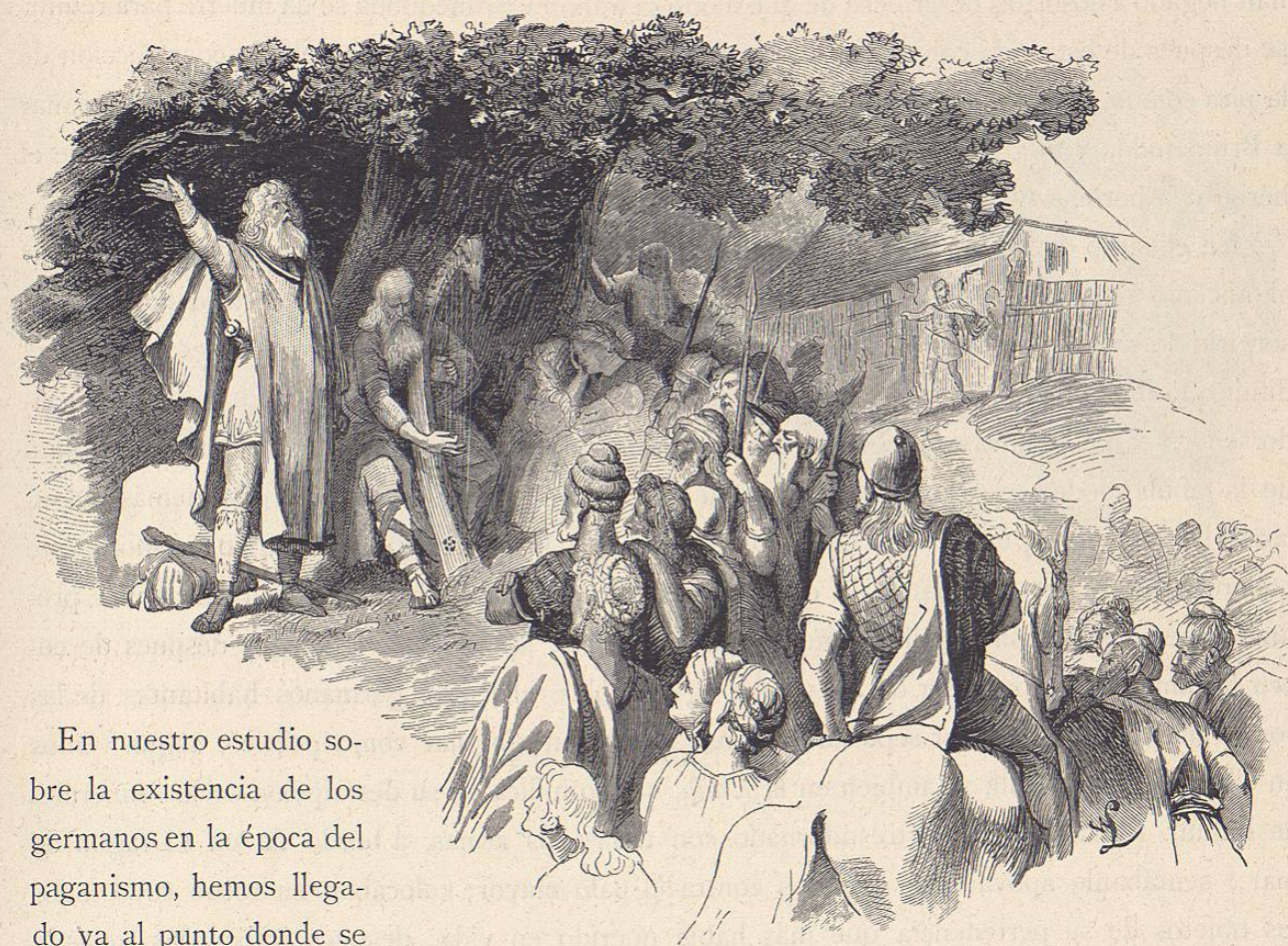


PIEDRAS RÚNICAS EN LA ISLA DE RUGEN

letras (*buchstaben*, palitos de haya). Muchos sacerdotes y sacerdotisas germanos ejercían además de las artes referentes á los oráculos, las del conjuro y del exorcismo, según lo demuestran dos fórmulas paganas exorcistas (las llamadas sentencias mágicas de Merseburgo) que han llegado hasta nosotros.

Hace mucho tiempo que no se oyen ya los antiguos cantos alemanes de los dioses; pero, aún en nuestro tiempo, los nombres de la mayor parte de los días de la semana, sin contar otros muchos vestigios de costumbres pasadas, revelan con qué fuerza se arraigaba el sentimiento pagano religioso de nuestros antepasados en el corazón del pueblo. El *Sonn-tag* (día del sol, domingo) y el *Mond-tag* (día de la luna, lunes), recuerdan el culto antiquísimo de los astros y del fuego entre los arios; en la Suiza alemana, el *Diens-tag* (martes) conserva todavía claramente el nombre del dios Zio (*Ziestig*); el *wednesday* (miércoles) es el día de Wodan; nuestro *Donners-tag* (jueves), el de Donar; y el *Frei-tag* (viernes), el de Freia. No cabe duda de que en los días y fiestas de los dioses, los más antiguos poetas-cantores alemanes (*skeopas*, *skoþe*, *skoþe*, de la palabra *skeapan*, hacer, crear) «cantaban y recitaban» con acompañamiento del arpa y de la cítara. Y además de los cantos divinos, también la epopeya emanaba de boca de esos antiguos bardos, oídos con gusto y venerados por la poesía alemana: cantaban y hablaban de Teut y de Mannus y del libertador Arminio. Esto es cosa bien averiguada, y por lo tanto podemos suponer, sin temor de engañarnos, que los ecos más sonoros de nuestra epopeya, desarrollada después en la Edad media, habían resonado ya en Germania y durante toda la época de la emigración de los pueblos: prueba de ello son los cantos del héroe Sigifredo y de Brunequilda, del tesoro de los Nibelungen, ganado y perdido, de la venganza de Kriemhilda, del viejo Hildebrando y del joven Haldebrando, de Gualtero el aquitano y de la bella Ildegunda; y también de Isengrimm, el lobo, y de Reinhart, el zorro, pues precisamente en esta leyenda zoológica se reconoce el antiquísimo sabor silvestre de la primitiva poesía, que así entre nosotros, en Germania, como en Escandinavia, servíase de la forma especialmente germánica del *liedstab* ó *stabreim* (1). Muy dudoso es que antes de la era cristiana se haya escrito algo de esta antiquísima poesía alemana, pues desgraciadamente es cierto que, exceptuando el *Beowulf* de los anglo-sajones, sólo han llegado á nosotros los ecos de estos cantos. Su recuerdo se evoca desde luego en la *Crónica de los godos*, escrita en latín por Jordanis en el siglo vi, en la crónica de los longobardos, debida á Warnfredo, del siglo viii, en los trabajos más antiguos sobre la tradición de los animales, y en el canto latinizado de Walthari, del siglo x: estos recuerdos nos han sido conservados en un fragmento del canto de Hildebrando, escrito en el dialecto antiguo de la Alemania superior. Sin embargo, el canto de Beowulf, que los anglo-sajones, habitantes de las orillas del Elba inferior, introdujeron probablemente en Bretaña, nos permite ver más claramente en la vida heroica y en las creaciones poéticas de los germanos gentiles. En este canto rebosa la grandeza salvaje de una época en que los germanos empezaban á pasar desde el crepúsculo mítico de una existencia prehistórica á la aurora de la vida histórica; toda la herencia poética de nuestros antecesores paganos tomó después nuevas formas en el círculo de las tradiciones de la nación alemana de la Edad media.

(1) Traducido literalmente *vara de canto* ó *rima*, métrica antigua germánica.



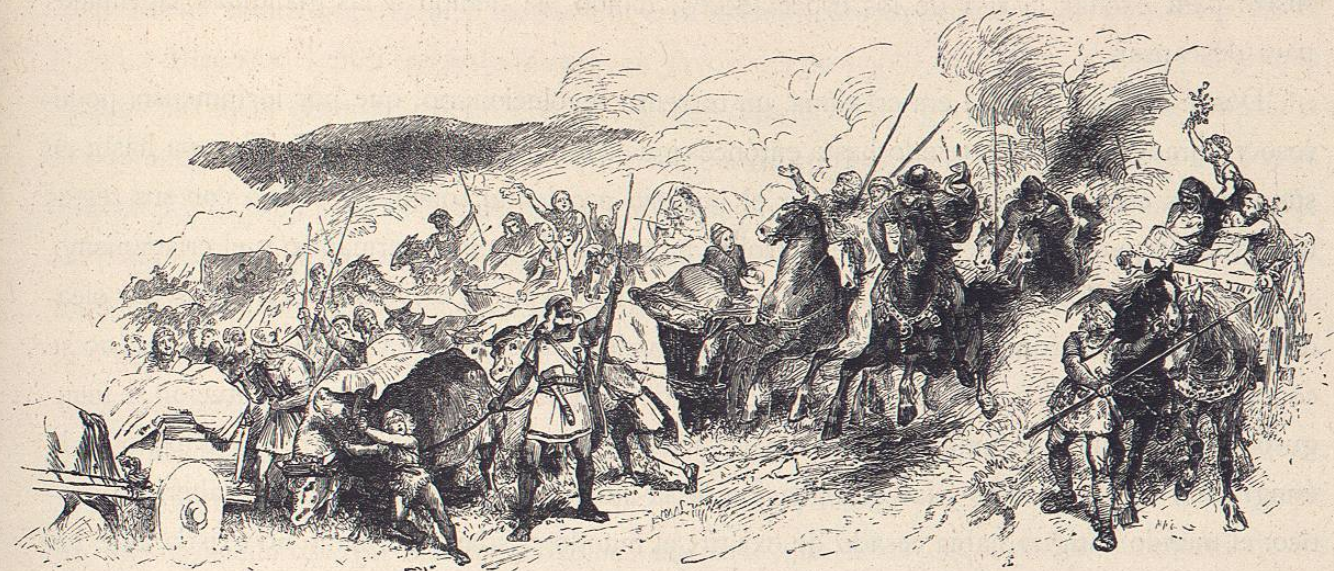
BARDOS GERMANOS

En nuestro estudio sobre la existencia de los germanos en la época del paganismo, hemos llegado ya al punto donde se extingue todo ser, donde termina toda investiga-

ción humana, es decir, á la tumba; réstanos sólo, por lo tanto, hablar de la escena final del drama de la vida de los germanos, de la sepultura. A juzgar por los descubrimientos de sepulcros y las tradiciones que nos revelan los cantos, la fábula y la historia, la inhumación de los difuntos tenía para nuestros antepasados bastante importancia, así como la consideración á los muertos es en general propia de todo pueblo cuando ha entrado en la vía de la civilización. Parece ser un hecho probado que la mayoría de las tribus germanas tenían la costumbre de quemar los cadáveres, ó cuando ménos puede suponerse así con toda seguridad. Si hemos de creer á Tácito, nuestros antepasados quemaban todos sus muertos, y con ellos las armas y los caballos; las cenizas y los huesos no consumidos por el fuego recibían sepultura, y sobre el sepulcro se elevaban colinas de césped. El historiador romano nos indica además una circunstancia que revela el rigor con que, aún en la muerte, se respetaban las diferencias de casta: para los nobles y libres reservábanse ciertas especies de madera; y podemos suponer, de consiguiente, que estos se quemaban sobre encina y haya; para los litos y siervos se destinaba la madera del pino y de los pinos enanos. No solamente los caballos seguían al difunto germano á la hoguera, sino también su esposa, que así como la viuda india aún en nuestros días, moría quemada con el cadáver de su señor; y adviértase que esta costumbre se ha conservado mucho más tiempo en Escandinavia que en Alemania. Los mitos de los dioses de la epopeya también lo testifican: según parece, la diosa Nanna se quema con su esposo difunto, el dios Baldur; en los cantos de Sigurdo, en la *Edda*, que contienen las primeras noticias de la tradición de los Nibelungen que

han llegado á nosotros, describese de qué modo la walkura Brunequilda se da muerte para reunirse despues de esta vida con su novio, Sigurdo, y cómo, ya moribunda, ordena la construcción de la pira comun, indicando cómo se ha de adornar: ocho criados y cinco criadas debian acompañar á Brunequilda y morir en la hoguera. Este sacrificio sólo se haria con la intención de que el héroe y la heroína no careciesen de servidumbre en el otro mundo.

En el canto de *Beowulf* se describe del modo siguiente el orden de los funerales, al quemar al anciano rey. «Los héroes de Geatland construyeron rápidamente un edificio sólido para servirle de castillo de fuego; guarneciéronle de yelmos, brillantes escudos y arneses, segun el difunto lo habia mandado; y los afligidos héroes colocaron en el centro al ilustre rey, su querido señor.» Como contraste con estos pomposos funerales, dignos de un soberano del dominio de la fábula, podemos citar otros que datan de los tiempos históricos y son por demás singulares. Jordanis en su *Crónica de los godos*, refiere que los guerreros de Alarico, al morir este poderoso jefe y rey, desviaron la corriente del rio Busento, abrieron en el cauce una profunda huesa, colocaron en ella al muerto con su corcel, sus armas y alhajas, y despues de cubrir la tumba, hicieron pasar de nuevo las aguas sobre ella. Los germanos habitantes de las costas acostumbraban á dar sepultura de otro modo, tan singular como poético, segun vemos en el canto de *Beowulf*, y tambien en la *Edda*, que lo indica en su descripción de los funerales de Baldur. Llevaban al muerto, adornado con todas sus armas, á bordo de un «Dragon de mar;» sentábanle apoyado de espaldas contra el palo mayor; colocaban en torno suyo todos los objetos de su pertenencia que más habia querido en vida; despues izaban las velas y prendian fuego al buque, abandonándole al capricho de las olas. De este modo el héroe, montado en un corcel que respiraba fuego, se dirigia á la Walhalla de Wodan.



LA EMIGRACION

EDAD MEDIA

I

ÉPOCA DE LA EMIGRACION DE LOS PUEBLOS



la historia puede considerársela como una serie de revoluciones y reacciones; como la oleada del espíritu humano, que en su desarrollo avanza y retrocede eternamente sin reposar jamás; á su impetuoso progreso opónese la inercia, amortiguando y refrenando su impulso, y en este dique se rompe la ola, que de otro modo avanzaría tempestuosa hasta lo infinito, sofocando bajo su espuma toda la vida. Cuando retrocede, sin embargo, deja ya un espacio abierto para arrojar en él nuevas semillas de civilización, para crear otros imperios del pensamiento, para introducir nuevas formaciones de estado, para establecer nuevas clasificaciones en la sociedad. Podemos deplorar que estos movimientos progresivos y retrógrados se efectúen tan violentamente, y acompañados siempre de convulsiones que arrancan á la humanidad torrentes de lágrimas y de sangre; pero debemos aceptarlos como una ley inmutable é inflexible de la naturaleza. La historia universal no se presenta como un risueño idilio, sino como una tragedia muy triste, aunque es verdad que á fin de que no sean tan terribles sus cuadros, se mezclan á menudo con entremeses cómicos, en los cuales aparece el héroe con un bufon por compañero, encargado de poner en movimiento ciertos músculos del